

Sábato y el respeto a las palabras de la tribu

En el mes de septiembre de 1984 Matilde y Ernesto Sábato viajaron a algunas ciudades de Europa. Dos eran los propósitos de ese viaje. Uno, recabar de algunas democracias europeas un claro y firme apoyo moral para la joven democracia argentina. Otro, dar un poco de reposo y de alivio a la tensión nerviosa que habían venido soportando desde hacía tiempo, el largo tiempo que duró la investigación cuyo resultado documental fueron las casi diez mil páginas de horrores y de afrentas que se conocen como *Informe Sábato*. Una tensión nerviosa verdaderamente infernal: desde hacía tiempo el teléfono depositaba diariamente, varias veces al día, en la casa de Sábato, amenazas de torturas y amenazas de muerte. En contra de la negativa de Sábato, el presidente Alfonsín decidió defender con hombres armados la casa de los Sábato e imponerles, tanto a Matilde como a Ernesto, un permanente acompañamiento de escoltas. En España, los Sábato vivieron días felices y relativamente tranquilos. En varias ocasiones los acompañé en actos públicos o en reuniones privadas u oficiales: yo miraba la cara de ese hombre tan valiente, tan apesadumbrado, tan resuelto y tan digno, y sabía que estaba viendo uno de esos rostros que confieren honor a la democracia de las comunidades y que ayudan a los seres humanos a valorar y defender su propia dignidad. Una tarde, almorzando a solas con mi mujer y con los Sábato, le pregunté directamente al maestro si alguna vez el miedo había sido más fuerte que su sentido del deber; le pregunté también cómo se sentía ante una incesante amenaza de muerte. Nunca olvidaré su respuesta. Me aseguró con toda sencillez, casi diría que con toda humildad, que ante determinadas situaciones civiles un hombre debe siempre optar por aquello que su propia conciencia y su comunidad le piden. Agregó que el temor a morir es más atroz cuando uno se abandona al miedo que cuando lo enfrenta y lo vence. Vino a decirme —son palabras prácticamente textuales— que un hombre que ha elegido correctamente, si muere, muere sólo una vez, y que, si ha sido inmovilizado por el miedo, ese mismo hombre está condenado a sentirse morir muchas veces al día. Hizo una pausa, que yo no quise interrumpir, y añadió unas palabras que me parecen memorables: «Más que el miedo a la muerte me han torturado las calumnias. Yo creo que en las comunidades causan tanto dolor los calumniadores como los asesinos».

Pienso que esas palabras, tan escasas e inolvidables, resumen parte de la historia de la infortunada especie de los hombres, mencionan pudorosamente una parte de la vida pública de su autor, y componen un canto sombrío, animoso y desesperado, en honor de la dignidad de todas las comunidades que nacen y mueren en nuestro misterioso planeta. El hecho de reunir, como sucede en esas frases, la calumnia y el crimen, es una reflexión extraordinaria. No sólo porque en ella se nos recuerda que, en efecto, el sueño secreto de la calumnia es parecerse al crimen y el sueño del calumniador es el asesinato, sino también y sobre todo porque en esa reflexión se incorpora un profundo respeto, un respeto decidido, casi beligerante, hacia los instrumentos de trabajo del

escritor: las remotas, eternas, prodigiosas, inocentes palabras. Escribir es servirse de las palabras, pero también, y sobre todo, servir a las palabras; esto es: celebrar la existencia del lenguaje. ¿Y cómo celebrar al lenguaje sin estar previamente dispuesto a defenderlo de sus enemigos? Pues bien: el enemigo principal del lenguaje es el calumniador: se calumnia con las palabras. Y al calumniar con ellas, se las calumnia a ellas. Pues para que el lenguaje se transforme en calumnia es preciso que los calumniadores previamente prostituyan a las palabras, las violen y las manipulen, les eliminen su honda y antigua relación con el amor y la verdad, hasta hacer que el lenguaje, que es el ágora en donde se reúnen los miembros de la comunidad, se transforme en un laberinto en donde los miembros de la comunidad se extravíen y finalmente se separen. Mediante la existencia del lenguaje transformado en calumnia, las palabras, de plaza pública, se transforman en un desierto. El escritor sabe que las palabras están, como los hombres, sujetas al engaño, la manipulación y la amenaza: es preciso, pues, defenderlas. Contemplando las obras literarias y la conducta civil de Ernesto Sábato, ese alto artista del lenguaje y gran poeta de la dignidad, comprendemos que ha gastado su vida, muchas veces con riesgo de perderla, en la tarea de ser un defensor de las palabras. Para ser más precisos: ha combatido, con talento admirable y con una asombrosa valentía, para que a las palabras no les arrebatara nadie su misión de verdad y de amor, su semilla de dignidad, su fruto de inocencia y de fraternidad, es decir, su naturaleza sagrada.

La palabra «sagrada» es misteriosa y convida a lo misterioso. En el caso de Sábato, de quien pienso en verdad que mantiene con las palabras y con la conducta civil una relación prácticamente sobrehumana, una relación, en fin, maravillosa y a veces pavorosa, en el caso de Sábato, repito, nos encontramos con que las palabras no son únicamente un instrumento de la creación artística, y ni siquiera únicamente un vehículo en donde viaja la verdad: son ellas mismas acontecimientos generativos de verdad, son ellas mismas creación de conciencia, materia de ser, combinaciones casi originarias de donde brotan la opulencia y los desastres de la vida en su remoto, altanero y apesadumbrado fluir. Al entreverarnos con las palabras de este artista nos encontramos dentro de la fuerza de gravedad de la sagrada orfandad humana, y un huracán gravitatorio nos arrastra a las cimas y a los despeñaderos de la conciencia. Lo que entonces se pone en juego es algo más que nuestras opiniones, incluso algo más que nuestras creencias: entran en juego las fogatas y los océanos de nuestras emociones, las porciones más radiantes y más oscuras de nuestro ser, todos nuestros centros flotantes, toda la selva de nuestra historia personal, incluso y sobre todo aquellos macizos selváticos que no nos atrevemos a tolerar en la vigilia y que sólo de vez en cuando, en sueños, mediante pesadillas siniestras, dibujan las zonas clandestinas de nuestro verdadero rostro. Es por esto por lo que en la obra y en la persona de Ernesto Sábato la calma es una pura ausencia. Todo en ambos es minería, desasosiego, fuego y oscuridad. Es la tiniebla y el fragor primigenios, esa condición obstinada contra la que se desgasta todo racionalismo que comporte un enmascaramiento o una excusa, y contra la que se extenúa todo autoritarismo, brutal o enmascarado. Es, en fin, la furiosa energía de la inocencia en estado originario, contagioso y colérico. En realidad, la propuesta democrática de Sábato no es una propuesta ideológica, incluso es algo más que una propuesta moral, excepto que le otorguemos al vocablo *moral* una dimensión de fatalidad, un nervio de destino. Los légame

casi prehistóricos de que procede la moral de Sábato son tan apasionados y terribles que en su conducta y en su obra no son posibles ni el más mínimo embuste, ni la vacilación, ni el cálculo. Sólo caben allí la totalidad, la angustia y la resolución de incorporarse a cuanto de sagrado palpita en el suceder de la especie. Y por eso tiene y demuestra un altísimo concepto de su oficio: el mismo que tuvo Albert Camus y que expresó en unas palabras que Sábato ha citado con gratitud y con vehemencia: «Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede expresar el sentido de una comunidad viva que lo justificará, a condición de que acepte, en la medida de sus posibilidades, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y ya que su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre, que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión».

Estas palabras, escritas y pronunciadas por Albert Camus con motivo de la recepción del premio Nobel de Literatura, nos parecen sin duda redactadas para aludir a nuestra gratitud ante la bellísima turbulencia literaria del Sábato creador y ante la copiosa moral de su ejemplar vida de ciudadano entre los hombres de este siglo anhelante y desventurado. Pero quisiera señalar que nuestra gratitud a Ernesto Sábato (como en su día lo fuera, y para siempre, nuestra gratitud a Camus) sería casi insignificante si ella eligiera limitarse a proclamar la grandeza civil (y, por supuesto, artística) de nuestro profesor de conducta. Decir de Ernesto Sábato que reconocemos en él a un hombre ejemplar es, desde luego, decir una verdad, pero ello sólo equivale a expresar una verdad inmóvil. Sábato es algo más para nosotros: es un ejemplo y, por lo mismo, es un problema; es un fluir moral de carácter excepcional y, por lo mismo, es un espejo: miramos al fondo de ese espejo y vemos, sí, el fragor ético de un hombre inexorablemente digno, pero también podemos ver en ese espejo (diría mejor: debemos ver) el rostro inexorable de nuestras propias cobardías, además de la cara múltiple y desdichada y anhelante de cuantos seres humanos contemplan nuestro oficio, nuestras obras, nuestras conductas, con inexorable esperanza. ¿Y seremos capaces de traicionar esa multitudinaria esperanza? Para decirlo con mayor precisión: ¿seremos capaces de calumniar al lenguaje del que nos servimos y del que somos servidores, seremos capaces de traicionar la naturaleza sagrada que palpita en el fondo del habla, esa naturaleza que establece una relación semental, vivificante y casi milagrosa entre nuestras palabras y la verdad y el amor con que sueñan todos los hombres? No formulo esta atroz pregunta para que nos sintamos orgullosos de ser escritores, críticos, novelistas, dramaturgos, poetas: la formulo para que comprendamos que estamos, casi siempre, por debajo de nuestro deber, desairando a nuestro destino, avergonzando a nuestro oficio: incumpliendo aquella «negativa a mentir respecto de lo que se sabe» y de ese modo incumpliendo nuestra cuota de «resistencia a la opresión».

Porque, aceptémoslo, muchos de nosotros, muchísimos de cuantos trabajamos con las palabras, mentimos: llamamos sobre asuntos que son cosa sabida. Por ejemplo: calla-

mos sobre las tiranías. No sobre todas, claro está: solemos elegir algunas tiranías como blanco de nuestros ejercicios de moral, mientras damos a otras tiranías un beneplácito silencioso (y a menudo, incluso expresado en palabras). Omitimos a veces expresar una reflexión moral tan sencilla como la de que atacar a una tiranía y no atacar a otra es, pura y sencillamente, una gran desvergüenza. Omitimos a veces el deber de denunciar que el defender la libertad en una zona de la Tierra y silenciar su falta en otra zona de la Tierra no es defender la libertad, sino ser, pura y sencillamente, deshonestos. Quien clama por la democracia contra una dictadura y no clama con igual convicción contra otra dictadura no puede ser llamado defensor de la libertad, sino tahúr: un ser que juega con las cartas marcadas, un jugador con dos barajas: un manipulador que pretende olvidar y hacer olvidar que no existen tiranías distintas de las tiranías; todas las tiranías son homogéneas. Todas las tiranías son hermanas. Por de pronto, todas las tiranías son hermanas de sangre. Pues bien: de esa doble baraja se sirven muchos jugadores. Y muchos de ellos, por desdicha, para nuestro propio bochorno y para el desaliento de cuantos han menester de la proclamación de la verdad, es decir, del reinado de la moral, somos nosotros, escritores. Seres cuya herramienta es la palabra. La palabra que está obligada a ser verdad, pues la palabra es vida. Unamuno nos dijo: «Tened fe en las palabras, porque ellas son cosa vivida». ¿Qué nos decía Unamuno en tan escasas pero caudalosas palabras? Las palabras: cosa *vivida*. ¿Vivida por quién, vivida por el escritor? No. No tan sólo por él. La palabra es algo vivido por la historia general del lenguaje y por los infortunios y los anhelos totales de la especie que ha inventado al lenguaje, y a la cual el lenguaje reinventa sin cesar desde el amor, la verdad, el coraje, la piedad, la decencia y la ilusión que palpitan en el fondo del habla. Hemos creado las palabras durante milenios de anhelo, de desdicha, de revelación y de lágrimas. Y ahora las palabras, portadoras de la verdadera historia espiritual de nuestra especie, nos recrean a nosotros, seres casuales, provisionales y finitos, pero, a la vez, parlantes, esto es, hereditarios, solemnemente ricos de la memoria general de lo humano. Estamos extraordinariamente vivos, al borde casi de la inmortalidad, precisamente en tanto que herederos y beneficiarios del habla. Esa «cosa vivida» en que consisten las palabras, y que tiene un perfume de milenios de lágrimas, de risas y de anhelos de verdad y de amor, nos confiere algo que ya ha dejado de ser una compleja red de instintos y ya ha alcanzado a ser el hombre: el animal que habla, que recuerda, que reúne lo que sabe, que reúne lo que ignora, que reza, que mira a las estrellas, que mira al fondo de su conciencia y de su especie, que mira al fondo de su idioma, y que en todo descubre una desazón, un anhelo, una esperanza, un destino, algo, en fin, que no puede nombrar más que con la palabra libertad. Tras esto, ¿cómo practicar la mentira, e incluso cómo consentirla?

En quien no sea escritor, la mentira puede ser un descuido, o un trivial acto de temor. Pero en un escritor, la mentira es una calumnia: una aborrecible calumnia contra el don del lenguaje, que es decir contra la moral, que es igual que decir contra la vida, que es igual que decir contra la historia del espíritu humano. Respecto de la libertad, alimento de toda vida digna, a cualquier ser humano cuyo oficio no sea escribir se le puede consentir que vacile, que dude. A un escritor no se le puede tolerar. Para todo escritor, la libertad, en cualquier lugar de la Tierra, habrá de ser cosa sagrada. Para todo escritor, la tiranía, donde quiera que se produzca, tiene que ser una vergüenza.